

~~1~~ Las Hurdes. III. Notas de un excursionista

("El Imperial", Madrid, 5 setiembre 1913).

3-169

LAS HURDES

(NOTAS DE UN EXCURSIONISTA)

III

Cuando entramos en Horcajo hirió lo primero mi vista, como ya en Las Erías me pasó, las macetas de flores en ciertos salientes de las casucas. Bien se conocía que estábamos en Extremadura, donde se rinde á los flores mucho mayor culto que en Castilla. Y vi en Horcajo, al entrar de improviso en él, las hurdanas lavando á sus chiquillos. Y arrullándolos con maternales caricias.

Una de las cosas que más han llamado mi atención en las Hurdes es la gran cantidad de niños preciosos, sonrosados, de ojillos vivarachos, que he visto. Luego se estropean en aquella terrible lucha por el miserable sustento. Y es curioso también ver las grandes diferencias de unos á otros. Paréceme que el tipo medio como si se borrase. Junto á hombres entecos, esmirriados, raquílicos, se ven recios mocetones quemados del sol, ágiles y fuertes, y junto á pobres mujerucas, prematuramente decrepitas, encuéntrase muy garridas y guapas mozas.

Desde Horcajo, para pasar al Gasco, al valle—ó, mejor que valle, barranca,—en cuyo fondo corre el río de Fragosa, una imponente cuesta. Desde lo alto, abierto el pecho, respirando á todo pulmón el aire de las cumbres, se veía allá abajo el que dicen el volcán de las Hurdes. No voy á hablaros de él, ni de las cascadas. Otros han dicho muy bien de esto.

Esta barranca del río Fragosa, este valle central de las Hurdes es lo más miserable de éstas. Difícilmente se encontrará peores poblados que el Gasco, Fragosa, Martilandrán. Al atravesar el Gasco por aquellas infernales callejuelas, entre aquellos hombres ceñudos y negros, me asomé á la puerta de un casuco. La carita, fresca como una rosa y brillante como un lucero, de una niña hacía resaltar la horrida y sucia negrura de aquella zahurda.

Y siempre las quejas. «Por aquí debía venir el rey á comer lo que comemos»—decía una mujer que, si no era vieja, lo parecía. Y decíalo en muy claro y muy neto castellano. Porque eso de que ladren ó poeo menos, es otra patraña. Hablan castellano, y lo habían muy bien. Y no huyen de los visitantes. Al contrario, acérquense á ellos á pedirles cigarrillos y por si cae alguna perrilla que les remedie.

Por fragosísimo sendero, desde el Gasco á Fragosa. Y aquí á bajar al río, á darnos un



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



baño en su lecho de rocas redondeadas y dulecificadas por el agua. Un agua clara, tibia, rumorosa, soleada. «No hay agua como la de aquí»—decían con orgullo. Y esto lo címos en las Hurdes por dondequiera. La tierra es misera, dura, pedregosa; pero, ¿aguas? ¡No las hay mejores en el mundo! Esto mismo dirán, me figuro, aquellos pobres enanos cretinos y con papera de la alquería colgada de la cumbre. Como los otros, los de los concejos destilados y sin sal alguna, dicen: ¡No hay ideas como las nuestras, como las ideas puras!

Junto al lugar del baño, á la sombra de unos castaños y al son del canto del agua, nos pusimos á comer. Bajó una buena parte del pueblo, mozos y mezcas sobre todo, y nos rodearon en tertulia. Logré un muy halagüeño éxito poniéndome á dibujar. «Y lo hace sin máquina, como escribiéndolo». Un chicuelo hizo gala de su conocimiento en lectura. Y un mozo, ya hombre, fuerte, limpio, garbosito, de nombre Bernardo, nos mostró lo claro y vivo de su inteligencia. El pobre hurdano ansiaba conocer las lenguas de los distintos reinos—nos oyó hablar irancés,—correr tierras, ver mundo, salir de las fragosidades de Fragosa. Sabía que para ir á Roma por tierra hay que pasar por Francia. Mas de seguro que si sale volverá á su pobre Fragosa, á la miserabla alquería tan héroicamente arrancada á los furores de la madrastra, allá, entre sus pobres olivos, su huertecillo de patatas, sus cabritas enanas. ¡Por qué?

De Fragosa, pasando junto á la alquería de Martilandrán, pero sin entrar en ella, á Nuñomoral. ¡Para qué habíamos de entrar en uno más de esas miserables mazorcas de tugurios? ¡A qué conduce apurar el espectáculo de la miseria? Además, no íbamos á hacer estadística, ni menos sociología. Y Dios les libre á las Hurdes de que caiga en ellas un sociólogo.

Nuñomoral, en una vega algo más extensa que lo son en los barrancos de las Hurdes, es ya otra cosa que esas miserables alquerías que acabábamos de atravesar. Hay, sí, en Nuñomoral viviendas deplorables; pero junto á ellas se alzan algunas excelentes casas modernas. La de D. Patricio Segur, de cuya hospitalidad cordial y franca gozamos, es una muy buena casa hasta para fuera de las Hurdes.

Y es así como va transformándose aquella región, partiendo el cambio de ciertos centros, tales como Linofranqueado y Nuñomoral, y aun Las Mestas, especie de capitales. Siempre la civilización fuera de irradiación urbana. Y se consigue, sin duda, más mejorando esas capitales y que de ellas irradie la mejora, que pretendiendo levantar homogéneamente el nivel civil del campo. Mas veo que caigo en sociólogo, y esto es peor que verse obligado á no beber sino agua purísima de las cumbres, agua destilada del cielo.

De Nuñomoral, en un principio por el nuevo camino vecinal que se está haciendo, á Casares, pasando por La Segur. Esta alquería de La Segur es tan mala como cualquiera de las



Las Húrdas. III

3

del valle de Fragosa. Me asomé á la vivienda de uno que me dijeron era uno de los ricos del pueblo, y aquella visión cortaba el respiro.

Por todas aquellas abruptas faldas había grandes manchones de quemado, para que el brezo retoñe más lozano. Pero queman también los pinares, los persiguen. Es decir, cuando son del común, cuando el Concejo los hubo plantado, no cuando son de particulares. Hay lo de que los cabreros son los enemigos más acérrimos del arbolado; pero hay también la guerra á la propiedad comunal. El húrdano es radical y fundamentalmente individualista. Como que por eso brega y pena allí y apenas emigra y si emigra vuelve.

En Casares, un buen refrigerio, gracias á D. Santiago Pascual, y un buen reposo, una siesta restaurada. Y desde allí á trasponer un alto para dar vista al otro valle, ó mejor barranca, al de las Húrdas Altas. Y una vez más volví á gozar la emoción, tan familiar á mis mocedades, de estas ascensiones lentas, en rodeos y vueltas, abriendo más cada vez el pecho, ganando más horizonte cada vez, viendo achicarse lo que abajo queda y mirando de rato en rato á la nítida línea en que la cumbre corta al cielo é imaginándose uno cómo será el otro mundo—porque es un mundo también—que del otro lado se extiende. El macho se detiene á las veces á comer un poco de carquexa y uno se impacienta. Es mejor ir á pie, llevarse á sí mismo, que llevar un

macho. «Qué brutos animales!»—repetía, como un arrábillo, el tío Ignacio.

Y por fin en la cumbre, habiendo domeñado al coloso, puéstole los pies en la cabeza, y contemplando, mientras se toma huelgo, cuál será la mejor bajada. Allá en el fondo la entrada de la tercera barranca, la del río Húrdano, que se hurta á la vista en el intrincamiento de los montes, cuyos perfiles se cruzan como en el corte que llaman los carpinteros cola de milano. Y al pie de nosotros, en la hondonada, la testudo de tejados pizarreños de Riomalo de Arriba. Al acercarnos al cual una chicuela que estaba en un huertecillo, salió disparada, saltando de risco en risco, como una cervatilla á la que se sorprende. Y subían cantares del fondo. Y no la primera vez, pues ya otras, al acercarnos á estos misérrimos pueblecitos, oímos algún cantar humano subir barranca arriba, hacia los cielos.

Miguel de Unamuno.



BRE DE 1913

do por la So-
luna de largo
que las bar-
rieras del
interior del
cuerpo tenían

LESIA

10 noche)
cargado sobre
la tarde cayó
plena de San
ocurrida por

instantánea a
seron también
ica en el templo
presa de

DIO

ELIGRO

a madrugada
tener conse-
un pozo ne-
ciado (barrio

tron a media
la calle.
alero Francis-
breve rato de
nro.

La herma-
varo Rodríguez
de Fran-
te testó que se
sabro, decidio-
ron objeto de

lugar en que
se descolgó
muerta, desde

sadir ninguno
ritos, y ente-
sabían arri-
tampor po-
reón no re-
cción de In-

o en el lugan
no de incen-
rados extraí-
dos, que mon-

los asistidos de
l' hidro-Este,
sustitución. Los
satisfactorio.

ERILLERO

11
mañana).
a del Osario
se hallaba bo-
Ramundo Ma-

unos piropos
suecas que
calle desafio-
m, infiriendo,
heridas graví-
y en la espal-
ado en la car-

CAR

11
(10 tarde)
comunica des-
que espera ho-

IALES

o seguimiento:
comendado la
Orden de San
de brigada don
Miguel. D. César
Garrido. Recibiendo el regla-
miento Nacio-

regos y entre

nales

(supuestas)

DALUCIA
stado poner fin
a los años que te-
mentales.
Dos Hermanas,
ado al goberna-
do con los patro-
ficio.

Buenos Aires ha-
sta Isabel. To-
ca buenas de po-
ro de inmigran-
dias.

TALURA
a municipal de

LOS LUNES DE EL IMP

Madrid 1.º de Septiembre de 1913

LAS HURDES

(NOTAS DE UN EXCURSIONISTA)

II

En Pinofranquedo, donde comimos, nos vio el maestro del Casar un croquis topográfico de las Hurdes y nos dió una carta para el secretario del pueblo, D. Juan Pérez Martín, entusiasta e ilustrado hundánito, que estaba ausente, y a quien encontramos en el camino a Las Erias, donde íbamos a dormir. No habíamos tenido que tocar las provisiones con qué en Béjar nos proveyó Venancio ni hemos tenido apenas que tocarlas en nuestros cinco días hundanos. Miran ustedes que así no hay nada, ¡ni pan!... "y el buen fondista bejarano quería cargarlos de víveras. "Pero algo comerá allí la gente...", decía yo. "Sí; patatas asadas entre dos platos." Y, en efecto; la gente, aunque sea mal—no tan mal como dice la leyenda—come, y quien allá va puede comer también: allá, esos señoritos remilgosos.

Al rato de salir de Pinofranquedo, en plenas verdaderas Hurdes ya, encontramos a su secretario, D. Juan Pérez. Se puso a nuestra devoción y se volvió con nosotros. Hombre despierto y vivo y uno de los mejores informantes de cuanto hay en las Hurdes respecta. El nos hizo saber todo lo que esa región debe al que fué obispo de Plasencia, el salmantino D. Francisco Jarín Moro, cuya labor en las Hurdes fué realmente benéfica.

Seguimos entre esguince y roce, buscándoles las vueltas a los tesoros, el río Esla. Atravesamos dos pequeñas alquerías hundanas, la Muela y el Robledo, sin dormirnos en ellas. Fue justo a una casa de piedras apiladas, tejados de pizarra, sin más hueco que la puerta de entrada. Empezaba la visión de la miseria.

Y a muy al atardecer llegamos a Las Erias, donde habíamos de pasar nuestra primera noche verdaderamente hundana. Nos sentamos a tomar el fresco y contemplar el cielo limpidísimo, en una de aquellas callejuelas escabrosas, junto a corralillos enanas. Unos grillos caseros, blancos, según me dijeron, que se álbaren en las rendijas de los muros de aquellas casas miserables. Canta bien la desolación de la barranca en que permanecen los hombres. Así todo el pueblo nos rodeó: niños, mozos y viejos; y en torno a nosotros, a los forasteros, se hizo sereno. [Poco gente] Hay que oírse quejarse de la triste y dura tierra que les ha cabido en suerte. [Pero no la abandonan, ni] Más bien se apegan a ella, con tanto más trágica querencia cuanto más dura es. Suelen quererse más, no al hijo más hermoso y afortunado, sino al más desvalido y desgraciado, al que costó más criar y sacarlo adelante. Un escritor preñera de entre sus escritos el que más trabajó la costa, no el que obtuvo mejor éxito.

Sí, es fundamento humano el que estos pobres hundanos se quieren y apegan a aquella tierra que es, más que su madre, su hija. Legende me decía que era el honor de España. Y no es paradoja. Han hecho por sí, sin ayuda, abandonados de la Humanidad y de la Naturaleza, cuánto se pueden hacer. Entre ruibares quebradas frágiles, en los abruptos barrancos, bancadas levantadas trabajosamente; un muro de contención para sostener un solo olivo, una sola planta de ceja; canallitas en que se trae el agua, de lejos y que hay que rehacer a cada momento; huerguelas enanas, miquiaculas, cerulos que parecen de Juguete infantil. Y luego baja el jabalí y les estropia el patatal, su casi único remedio contra el hambre. Así lloran y le dicen una pobre mujerita de las Mestas.

Y todo ese rudo combate contra una naturaleza madrastra—allí si que encaja el «madre» en el patrio; en el querer, madrastras, de Leopoldo—lo hacen solos, sin ayuda de bestias de carga, llevando a cuestas las piedras de la cerca o del balau, transportando a pie todo lo que senderos de cabras o entre peñales les cargan sus cargas de leña ó el has de hechizo para la cama, la cama. Rico, riquísimo, el que posee un horroso entero en uno de los pueblos pobres. Contáronos que había veces en que al casar un padre, a su hija—los bodas las hacen los padres y cuando apuran son adolescentes los mozos—la daba de doce la pata de un aso; es decir, una cuarta participación en la propiedad del asno, ó sea el poder disponer de él cada cuatro días, alimentándolo entonces. Y el novio iba la vispera de la boda al monte a recoger holochoro. Mas yo las cuatro noches que dormí en las Hurdes dormí en cuatro diferentes cumas y buevas, muludas y limpias.

En limpia y buena cama dormí en Las Erias, en casa del maestro de la alquería, de uno de esos maestros habilidosos que la Diputación de Cáceres ha puesto por las Hurdes, de uno de esos heroicos ciudadanos que por un pobre estipendio van a luchar en una lucha no menor trágica y menos recta, que la de los pobres hundanos con su madrastra tierra.

Cuando desayunábamos en las escarnadas callejuelas de Las Erias, al ir cayendo, como un celeste consuelo, una noche de serena madrugada sobre la centífica desolación de la madrastra, empeñaron a volver al pueblo las cabras, las cabritas enanas de las Hurdes. [Pobres anjanitas.]

La pobre gente hablaba de su vida tristes, humildes, resignadamente. Me entró la duda de si las quejas eran quejas riñas, etc de

las aguas, ó que los pobres perejines, con destellos, recién salidos de la noche, sin salir, sin lodo sobre todo, que es el elemento que, por el tiroides, regula el crecimiento del cuerpo y la digestión del cerebro. Y esta explicación, que parece satisfactoria, nos da la que no saben sino ideas puras, destiladas, matemáticas, sin sales ni lodo de la tierra impura, asentadas por padecer hondo y cruentato espíritu. El alma que vive en categorías es quella que engaña.

[Pobres burdasas Peras... Lo que todo. Toda menos avísate. No, no, no, no es una parodia de mi amigo Legendre, el inteligente amo-
dor de España; son, si, uno de los honoros de nuestra patria.

Miguel de Unamuno.

BACANAL

En el atardecer de su cuarta noche, bajo el anízar, eran los ojos como esas abduciones del sueño que hacen aún una negrura en la noche. Muy dentro, lejanas, traían las debilitas luces de aquella calavera de trapa puesta en imágenes dolorosas sobre el peso de los dientes espiados y apretados que, al reír, mostraban quejicas y risas. Las humedades pegadas en el reflejo sin límites de los ojos, que dilataban la superficie de los golos grandes, licuadas de perplejidad, como el circulo de una onda abierta al caer de agua. Claudio Portela: tendía en ellos su dolor insensato, tan fino tan suyo, que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que, al contrario, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voces—con un fondo lagunar y lejano, que a Claudio, no salió por que parecían dagas. Y eso, de cierto, pretendiendo si en la grotesca tolvanera del baile, buscando atar, tirar, mearse, hasta no sentir como los alires de la eructante pasabana bajo el ardorífica fingidora de las voc

